

Campi. ¿Lorenzo Arbulu escribió una carta al padre del testigo?

Testigo. Sí, señor; una carta diciendo que en París estaban muy descontentos de mí; y luego he recibido una del conde del Valle, donde éste me decía que en París habían muchas quejas de mí, por las declaraciones que había hecho, y que deseaban que hiciese lo mismo que Retamero. Me informé entonces de lo que éste había hecho y habiendo sabido que una nueva declaración retractándose, yo les dije: siempre declaro la verdad, y no debo desdecirme de nada. También un cura italiano me escribió que el señor Brasca le había dicho que era muy extraño que un hombre inteligente y honrado como yo, hubiese defendido á Boet; á lo cual contesté que yo no defendía á don Carlos, ni á Boet, sino que decía lo que sabía. El abogado Brasca se halla en relaciones con un párroco, y yo una vez recibí una carta de París, donde me encargaban que cuando fuera á Milan, no me olvidase de ir á tomar consejos del abogado Brasca. Hé aquí la carta.

Presidente. ¿Es de Boet ó de usted?

Testigo. No, señor.

Presidente. Pues no la admito.

Campi. Pido la palabra.

Presidente. No hay palabra.

Campi. Me reservo el derecho de volver sobre esto.

Fiscal. ¿Dijo el testigo á Retamero que él y Alex habían tenido grandes fatigas para ocultar á Boet?

Testigo. Nunca.

Presidente. Que venga Retamero.

Retamero llega, y dice:

—Sostengo lo que dije. El señor Erdavide y Alex me dijeron aquello, añadiendo que había metido á Boet en un convento de monjas, y que no creyéndose Boet seguro, se escondió en el lugar comun, y luego lo hicieron pasar por la sacristía, y....

La gente prorumpen en murmullos, y Boet rie como un bienaventurado.

Erdavide. Todo esto es falso. Ni se lo dije, ni pasó.

Fiscal. ¿No escribió Boet á París diciendo que le enviase la correspondencia á un convento?

Boet. Sí. Cuando vivía en casa del sacerdote Mante, como éste decía misa en ese convento, y yo hacía dirigir mi correspondencia á nombre de éste, que recibía la suya en el convento, di esta dirección. Pero ni yo he estado nunca en un convento, ni Erdavide puede haber dicho esto á Retamero. Pero ya se comprende que Retamero es un testigo preparado.

Retamero. El señor Boet me insulta; el señor Boet dice que me he vendido.

Boet. No he dicho tal cosa: no digo que Retamero se haya vendido: ¡digo que lo han comprado!

Rumores de aprobación en el público; Retamero palidece y protesta; Brasca grita; el fiscal se pone hecho una furia; Ronchetti pide la palabra; y como ya son las doce y media, el Presidente levanta la sesión para evitar un alboroto.

Al abrirse de nuevo la sesión á la una y media, se halla á faltar á Brasca que no quiere entrar en son de protesta; nadie hace caso, y la atención se fija en un Jurado que pide la palabra, y dice:

—¿Se halla presente Lorenzo?

Presidente. Allí está.

Jurado. Deseo interrogarle. Vuelva Lorenzo á declarar si vió ó no á la baronesa con don Carlos.

Lorenzo. No, señor.

Presidente. Esto es muy extraño. Recuerde Lorenzo el juramento que ha hecho, y sepa que ya se ha probado suficientemente que aquella mujer tenía en Venecia y en Milan relaciones con don Carlos.

Lorenzo. No sé nada. Ví en alguna parte á la señora, cuyo retrato me han enseñado; pero no sé donde; no lo recuerdo.

El Jurado se impacienta y exclama con voz cólerica:

—Aquí se ha dicho que en Venecia don Carlos y la baronesa tomaban baños en el mismo cuarto de don Carlos, y ambos á la vez; y Lorenzo, que era el ayuda de cámara, no puede menos de haber visto allí á dicha mujer.

Lorenzo. No me acuerdo de nada.

Fiscal. También se ha dicho que hasta se había visto á la baronesa asomada á las ventanas del cuarto de don Carlos.

Lorenzo. No sé nada.

Presidente. Ya ultimaremos este asunto. Retírese el testigo, y procure no faltar nunca, como ayer, pues cada día debe estar aquí.

Retirado Lorenzo, vuelve á presentarse Erdavide. Se leyeron los interrogatorios anteriores, que convienen con las declaraciones de ahora, aunque están más detallados. Erdavide cuenta lo mismo que ha dicho por la mañana, deduciéndose de su relación que Boet apenas supo la prisión de su esposa y suegra y el abandono en que estaban sus hijos, no pensó más que en aplazar su ruptura con don Carlos hasta que aquellas dos estuviesen en libertad, que es lo que siempre dijo. Terminadas las lecturas, se hizo retirar al cura, y entró Veye, testigo legitimista, quien apoya una parte de la retractación de Retamero, sosteniendo que habiendo visto á Erdavide y Alex en el hotel donde estos se hallaban, cuando fueron á París en comisión, Alex le dijo delante de Erdavide que Boet era un ladrón. Erdavide pide un careo, y replica que puede asegurar que el testigo no ha estado nunca con él y Alex donde ha dicho, puesto que la primera vez que en toda su vida le ha visto es ahora en Milan.

—Y debo añadir, prosigue, que el primer día que estuve en la sala de testigos, hallé á este señor, quien no hizo ningún ademán de conocerme; y sólo el segundo día se me acercó para asegurarme que me había hablado en París, lo cual yo negué.

El Veye, que es un tipo muy descarado, exclama:

—Yo no pude atribuir esta falta de memoria del señor Erdavide sino á una enfermedad mental.

El público cubre estas palabras de silbidos, y la sesión se da por terminada.

XXVIII.

Los testigos, que todavía no han sido interrogados, esperan su turno en una sala, donde el ujier va á buscarlos cuando el Presidente los llama. Allí están así los que defienden á Boet, como los que lo acusan. Generalmente los primeros evitan cuánto pueden el contacto de los segundos. Estos se forman en grupos, y rien y bromean como calaveras parisienses, excepción hecha de alguno, que se porta con más decencia. Entre los favorables á Boet, se

hallan, según es sabido, la señorita Gigola, joven de muy buena reputación y profesora de piano.

Esta señorita había sido objeto desde los primeros días de las bromas más asquerosas por parte de los calaverones de don Carlos; pero ella les había tenido á raya con su actitud reservada y severa. Un día el brigadier carlista Carlos Calderon, rompió por todo, y acercándose á aquella joven con los modales más ridículos y pretenciosos del calaverismo parisiense, entabló con ella la siguiente conversación:

—Señorita, me han dicho que usted es profesora.

—En efecto, contestó la señora Gigola.

—Me cabe el sentimiento, añadió Calderon, de que mi permanencia en esta ciudad será breve, porque de lo contrario hubiera tenido mucho placer en pedirle á usted algunas lecciones de italiano.

—Caballero, contestó la señorita, aunque permaneciese usted aquí mucho tiempo no podría dárselas, porque no soy profesora de lenguas.

—¿Qué importa? exclamó Calderon. Sin embargo, deseoso de aprender algo de la hermosa lengua italiana, quizá sería usted bastante amable para decirme el nombre de algunas cosas.

—Si no es más que esto, pregunte usted, repuso ella.

Los demás calaveras, que conocían el plan de su compañero, estaban atentos, y se aproximaron para regocijarse con la confusión de la Gigola.

Calderon se payoneó.

—Después de darle á usted las gracias por su amabilidad, dijo, usaré de ella. Sírvase usted decirme cómo se llama la cabeza.

—La testa.

—Gracias, señorita. ¿Y los brazos?

—Le braccie.

—Mil gracias. ¿Y al pecho?

—Il petto.

—¿Qué amable es usted! ¿Y el vientre?

—Il ventre.

—¡Oh! esto es muy fácil. ¿Y las piernas?

—I piedi.

—Muy amable, mucho. Ahora queda tan poco que traducir de las partes del cuerpo, que usted, sin necesidad de que yo se las designe, podrá decirme como se llaman.

Los demás prurrieron en una carcajada lúbrica, y comprendiendo la señorita la indecencia que se le hacía, se puso colorada de vergüenza. Pero indignada de aquella escena, se encaró con Calderon, y le dijo:

—Si porque estoy aquí sola cree usted que se me puede insultar impunemente, le demostraré que está muy equivocado. Quitese usted inmediatamente de delante, hombre sin educación, ni principios, canalla vestido de caballero, y guárdese de dirigirme más la palabra, porque le contestaré de otro modo.

Calderon la miró con una sonrisa de cinismo, se inclinó con la ironía del desvergonzado é impudente, hizo una pirueta, y fué á reunirse con los demás testigos, quienes le recibieron con estrepitosa risa.

Presenciaba esta escena desde un ángulo de la sala Mr. Viollet, el farmacéutico de Tours, patron de Retamero; y como era un hombre honradísimo y muy caballero, quedó estupefacto, asombrado y escandalizado de la asquerosa conducta de Calderon. Entonces comprendió qué clase de gente era aquella, y abrió los ojos á la verdad de aquel proceso, que siempre le había parecido extraño y misterioso. Las declaraciones que había hecho eran inofensivas para Boet y sinceras, pues versaban sobre lo que positivamente había visto; conocía personalmente al acusado, había oído los pomposos elogios que Retamero hiciera de su carácter antes de vender á don Carlos su retractacion, y tenía formada tan buena idea de su honradez, que no acababa de creer en el crimen de que le veía acusado, á pesar de ser muy legitimista. Pero aquella escena fué para él una revelacion; comprendió el secreto y determinó lavarse las manos de toda participacion en aquel asunto.

En efecto, se presentó al señor Campi, uno de los abogados de Boet, y despues de contarle la escena entre la señorita Gigola y Calderon, le dijo:

—Sírvese usted manifestar de mi parte al señor Boet que si hasta ahora había estado en dudas acerca de cual de las dos partes tenía razon en el proceso, hoy mis dudas se han desvanecido, y creo que el señor Boet es víctima de una de las maquinaciones más viles que se pueden tramar. Abrácele usted de mi parte; ofrézcame á sus órdenes para todo lo que

guste mandarme, y dígame que hago los votos más ardientes para que sea absuelto; y que sea cual fuere el fallo del jurado, yo no lo esperaré, ni lo necesito para creerle inocente.

Tales fueron las palabras de Mr. Viollet al señor Campi, quien no se olvidó de trasladarlas á Boet. Al mismo tiempo Mr. Viollet despidió de su casa á Retamero con el pretexto de que no le podía esperar, pero en realidad para no tener en su establecimiento á un hombre tan corrompido y tan pervertido.

En la sala de sesiones, el sitio de los convidados está lleno de señoras, muchas de ellas principales, que siguen la causa con todo interés, y de las cuales á veces hablan los periódicos. Vénse allí los trajes más ricos, con una ostentacion de pedrerías que deslumbra. El calor, el horrible calor, no espanta al bello sexo, que lo arrostra todo para asistir al drama; y como el estado ruinoso de la gran tribuna circular, ha reducido tanto el local, los sitios se toman por asalto, y llegado el reposo de las doce á la una, las señoras conservan impávidas el suyo, para no quedarse despues sin él, y permanecen solas y dueñas de la sala con algunos hombres que no se resuelven, como los demás, á salir.

Entonces ocurren las escenas más curiosas y distraídas, y hay juicios y discursos y apóstrofes que harían temblar á don Carlos, al fiscal y á Paribelli. Unas contemplan con despecho á las condesas y duquesas que cubiertas de oro y diamantes, reinan allí como soberanas; otras hablan de los incidentes de la sesion; otras refieren lo que saben sobre el resultado de la causa. Es de advertir que las señoras han tomado la defensa de Boet por su cuenta, y que no hay una que no le ponga en las nubes, y no afirme su inocencia. Boet ha inspirado al bello sexo un verdadero entusiasmo.

XXIX.

La sesion del 13, empieza á la hora y del modo acostumbrado, y como el banco de los abogados de don Carlos está vacío, el señor Campi se levanta y pide que se haga constar su ausencia. Pero al mismo tiempo aparece Brasca todo agitado, todo convulso; y presenta una instancia, diciendo que habiéndole

acusado el testigo Erdavide de manejos para seducirle, ha presentado una querrela contra Erdavide, y pide al Tribunal que mientras los tribunales no resuelvan se suspendan los debates del Toison. Dicho esto se retira todo furioso. Contesta el fiscal que comprende la susceptibilidad del abogado Brasca; y que conociendo que es necesario poner en claro las cosas, pide que éste vuelva para dar explicaciones, y que se llame de nuevo al señor Erdavide, á fin de hacerle declarar sobre este incidente. Brasca entra de nuevo todo febril y acalorado, y replica que su dignidad no le permite aceptar lo propuesto, y despues de insistir, pidiendo la suspension de los debates, exclama con voz vibrante: «Que el Tribunal resuelva lo que quiera. Nosotros no pondremos más los pies aquí.»

Entonces se acerca Erdavide, y á instancias del Presidente repite lo que ya dijo el sábado: que su párroco le dijo que en un viaje á Milan, había hablado al abogado Brasca, quien le manifestó que habiendo sabido que Erdavide defendía á Boet, no podía menos de extrañarlo de un hombre de su talento; que picado Erdavide de esto, replicó que no defendía á Boet, ni á don Carlos, sino que decía lo que sabía; y que con este objeto había querido escribir una carta á Brasca, llegando hasta hacer el borrador; pero que lo pensó mejor y no la envió.

—Despues, añade, mi párroco supo que yo no tenía dinero para el viaje á Milan, y me prestó 30 duros, y en el momento de partir, estando yo ya en la estacion, me llegó un enviado del mismo párroco, trayéndome 20 duros más y una carta de un abogado y diputado provincial de París, que tengo aquí, donde éste me recomendaba que al llegar á Milan fuese á ver al señor Brasca para recibir consejos de éste sobre mi instalacion en Milan. La carta es esta.

Fiscal. ¿Se ha visto usted con el abogado Brasca?

Testigo. No, señor. Le escribí, pidiéndole que me sacase permiso del arzobispo de Milan para declarar, me lo envió, y no hemos tenido nada más.

Fiscal. Siendo así, yo estimo que se han dado proporciones exageradas á las palabras que el sábado pronunció el señor Erdavide, sobre si el señor Brasca había intentado corromperlo. y pido que el Tribunal acuerde proseguir los debates.

Ronchetti. La defensa se une á lo pedido por el *Ministerio Público*, aunque haciendo observar que el señor Erdavide ha dicho hoy lo mismo que el sábado, pues sus declaraciones son y han sido las de un testigo que quiere explicar todo lo que ha pasado con motivo de su parte en este proceso.

Entonces el Tribunal se retira, y despues de un cuarto de hora de ausencia, durante el cual ha sido vivamente comentada la maniohra de los carlistas, vuelve con un auto de no há lugar á suspender los debates, que es recibido con la mayor satisfaccion. En seguida, á instancias del fiscal, se pasa á dar lectura de las declaraciones de Alex, quien no se ha presentado. En ellas apoya cuanto han referido Boet y Erdavide, y pinta con los más negros colores á don Carlos. Entre otras cosas dice que hablando con doña Margarita de lo del Toison, esta señora le dijo: «Dí á Boet que si tiene una desgracia, yo pensionaré á su mujer é hijos.» Durante esta lectura ocurren varios incidentes entre el fiscal, Erdavide y otros testigos.

Fiscal. Alex dice que él y Erdavide recibieron directamente de Boet el encargo de llevar los diamantes; pero Erdavide lo ha negado. ¿Qué dice el testigo?

Erdavide. Digo que el marqués se ha equivocado, porque nosotros no recibimos el encargo, sino que nos lo asumimos viendo que el abogado de Tolosa perdía el tiempo.

Presidente. En efecto, hay otras declaraciones de Alex, donde éste reconoce su error, y explica extensamente la parte del abogado.

Fiscal. Dice también el de Alex que rompieron el sobre que contenía los diamantes ante don Carlos, y que él le dijo á éste que aunque faltaban algunos, no valía esto la pena de comprometer en un proceso á un partido, puesto que Boet negaba haber robado la joya, y que si había proceso, sería muy escandaloso.

Erdavide. Ya dije que yo no me acordaba de detalles; que hice toda esta comision con el mayor fastidio, y que al entregarse el paquete, estaba muy distraído por ser la primera vez que veía á don Carlos.

Se llama despues, á instancias del mismo fiscal,

á Esparza, para manifestarle que contra lo que éste afirma, Alex asegura que entregó el pliego de diamantes á don Carlos con el sobre de Boet, donde éste decía que el Toison le había sido entregado por el Pretendiente en Milan.

España. Repito lo que ya dije: se convino en el hotel Perigord entre Alex, Erdavide y yo, estando presente Retamero, que rompería el sobre, como despues me dijo lo había hecho. Debo tambien manifestar que Alex, contra lo que asegura en sus declaraciones, me manifestó despues delante de Retamero y Erdavide que había quemado el sobre sin presentárselo al duque de Madrid.

Presidente. ¿Qué dice á esto el señor Erdavide?

Erdavide. Digo que no es cierto.

Presidente. ¿Y Retamero?

Retamero. Aseguro que es cierto lo que dice el señor Esparza. Todas aquellas conversaciones tuvieron lugar delante de mí y las recuerdo perfectamente.

España. Tambien digo que Erdavide no entregó junto con Alex los diamantes á don Carlos, sino que se quedó fuera.

Erdavide. ¿Cómo puede ser esto, si yo estaba todo turbado de ver por la primera vez á don Carlos, y éste que me preguntó si no le había visto nunca?

Retamero. Aseguro que mientras el señor Alex se hallaba dentro con don Carlos, el señor Erdavide estaba con el señor Esparza, conmigo y otra persona en un saloncito.

Erdavide. No puede ser.

España, (con gran desparpajo). ¿Cómo lo niega usted?

Retamero. El señor Erdavide entró despues á ver á don Carlos conmigo y los demás.

Erdavide. No es cierto, porque ahora me acuerdo de una particularidad que había olvidado. Don Carlos se marchó por otra puerta antes que Alex y yo saliésemos, y como yo hiciese ademán de marcharme tambien por ignorar la etiqueta cortesana, el señor Alex me cogió del brazo, diciéndome que debíamos esperar que don Carlos hubiera desaparecido.

Esparza y Retamero quedan confusos y sin palabra. Murmullos en el público.

Fiscal. ¿Por qué no entregó usted personalmente

los diamantes á don Carlos, en vez de darlos á Alex, para que lo hiciese?

Erdavide. Porque yo no hacía mas que acompañar á Alex, quien llevaba siempre la palabra.

Presidente. ¿Cuántas veces vió usted á don Carlos aquellos dias?

Erdavide. Varias.

El Presidente manda retirar á los testigos, y á instancias del fiscal, se procede á leer varios telegramas y cartas cambiadas entre Alex y Erdavide con Boet, que confirman cuanto éstos han venido diciendo, aunque el fiscal cree lo contrario, porque tal palabra y tal otra le parecen susceptibles de interpretaciones. Al terminar esta lectura, el Presidente manda llamar al conde de Bourgade para tomarle declaración; pero el abogado Campi se levanta y suscita un incidente pidiendo que, una vez que los abogados de la parte civil se han retirado, se acuerde legalizar este retiro, sentenciando que no tienen derecho á volver, por cuanto se priva á don Carlos de entrometerse mas en el proceso como parte civil. Ronchetti le apoya, añadiendo que por haber el fiscal excluido de la lista á algunos testigos, á quienes no ha hecho llamar, incluye en el accidente esta otra circunstancia, y pide que dichos testigos sean tambien llamados. El fiscal contesta con razones de peso que deshacen toda la argumentacion de los defensores de Boet, y se levanta la sesion para retirarse el tribunal á deliberar, manifestando el Presidente que mañana dará lectura del acuerdo.

XXX.

Abierta la sesion el 14, entra el Tribunal á la hora de costumbre, y cumplidas las formalidades de la ley, el Presidente lee el auto sobre el incidente de última hora de ayer, desestimando las pretensiones de los abogados del Acusado. En el banco de la parte civil continúan faltando los abogados de don Carlos.

A instancias del fiscal vuelve á llamarse á Erdavide.

Fiscal. Quiero interrogarle sobre una contradiccion que hay entre sus declaraciones y las de Alex. Usted ha negado haber visto nunca á Veye, al paso

que Alex dice que Veye se presentó en el hotel Perigord cuando el señor Erdavide y Alex fueron á devolver los diamantes grandes.

Erdavide. Repito lo que ya dije aquí, y lo que ya antes había dicho á Mr. Veye en el salon de los testigos: que la primera vez que recordaba haberlo visto fué ahora en Milan el día antes que me habló. Puede ser que Mr. Veye haya estado en el hotel Perigord en la época que se dice, pero yo nunca le vi, y repito que Alex no pronunció nunca delante de mí que el señor Boet fuera un ladrón.

Campi. Hé aquí lo que á nosotros nos importa dejar bien establecido, pues tanto Alex como Erdavide, están de acuerdo en esto.

El Presidente manda entrar á Bourgade, tipo francés, pálido, grave y de apariencia impasible. A invitacion del Presidente, cuenta la parte que le corresponde en el proceso, que es el incidente de la Gigola sobre las cartas con el falso nombre de Bourgade, que Retamero asegura haber recibido. En su relacion el conde de Bourgade no añade ningun detalle interesante sobre este oscuro y extravagante incidente. Una vez terminada la historia, empiezan los interrogatorios.

Presidente. ¿Reconoce usted esas cartas?

Bourgade. Sí, señor; son el sobre que Retamero guardó de las falsas cartas, y la carta que Esparza me escribió á Londres, dándome cuenta del incidente. Yo sospeché que había hecho la coartada el Acusado, porque la carta que recibió Retamero contenía tantos detalles de la causa del Toison, y del estado de la instruccion de ella, que sólo él podía saberlos.

Fiscal. Deseo que vuelva á interrogarse á Retamero sobre esto. Diga Retamero qué contenían las cartas que recibió del falso Bourgade.

Retamero. Contenían un borrador que... que... no me acuerdo... Me parece que decía que... como yo había escrito á Boet antes de retractarme... No me acuerdo.

Fiscal. Si no me equivoco, el testigo ha declarado que en aquellas cartas se le proponía escribiese una, de la cual se le enviaba la minuta, para que dijese que Boet le había dictado varios improprios contra don Carlos.

TOMO II.

Retamero. Es cierto.

Fiscal. Que se lean dos cartas de Boet á Alex.

Despues de leerse exclama el Fiscal:

—Aquí escribe Boet que Retamero decía que él le había dictado los improprios que antes echaba contra don Carlos, y como las fechas de las cartas de Alex coinciden con la llegada de las respuestas de Retamero al falso Bourgade, yo pregunto á Boet cómo sabía esto, si no fué por estas contestaciones.

Boet. Lo sabía muchos meses antes de este suceso, por un testigo que ha sido llamado; y si no viene, yo lo declararé, así como otras muchas cosas.

Ronchetti. ¿Qué empleo ha tenido el testigo cerca de don Carlos?

Bourgade. Ninguno.

Ronchetti. ¿Y qué intervencion ha tenido en la causa del Toison?

Bourgade. He estado encargado por don Carlos durante el año que he vivido en Milan, en 1878, de hacer traducir un gran número de cartas del señor Boet al señor Retamero.

Ronchetti. ¿Nada más? Me parece que el testigo ha reconocido en sus interrogatorios de la instruccion, haber representado oficiosamente á don Carlos en Milan en la causa del Toison.

Bourgade. Un poco. Debo añadir que en las cartas del falso Bourgade estaba comprendida una copia hecha de mi mano de la órden del día expulsando al señor Boet del ejército de Cuba, y tengo para mí que este papel me fué robado por un tal Duni, que entraba en mi gabinete como traductor, y que despues ha sido muy amigo del señor Boet.

Boet. Contestaré poca cosa á este individuo (señalando al señor Bourgade). Ese documento de mi expulsion del ejército de Cuba, lleva una fecha muy posterior á mi salida de aquel ejército, porque voy viendo que á mí me despiden cuando hace tiempo que yo ya me he marchado. Añadiré que en las cartas que se han leído de mí á Alex consta que me habían sido interceptadas muchas cartas de mí á él, como tambien otras cartas enviadas á diferentes personas. En cuanto á la acusacion del señor Duni, no tiene necesidad este señor de que nadie le defienda, pues harto le defiende su buen nombre.

Bourgade. Añadiré que espero un documento que

se me ha anunciado por telégrafo, y con este documento, que compromete al cónsul español en Milan, probaré el origen de las falsas cartas de Bourgade, y pediré un suplemento de instruccion en esta causa.

Campi. Se comprende el plan de estos señores, quienes, como se ven perdidos, buscan prolongar indefinidamente la causa. El Tribunal, que ya ayer supo darles una leccion, la repetirá si vuelven á probarlo.

Se lee en seguida el dictámen pericial del sobre que conservó Retamero del falso Boargade. La pericia declara que le parece que es de letra de Boet. Oyese otro testigo, Ponce de Leon, que nada nuevo añade; y se lee la deposicion de unos empleados de la fonda de Venecia, que certifican viajar don Carlos con la baronesa de Samoggy, viviendo en la fonda con ella del modo más público y descarado.

Terminado esto, se presenta otra vez el conde de Bourgade, y entrega al Presidente un documento.

Presidente. Esto no es más que una comunicacion enviada al gobierno español, pidiendo copia oficial de la órden del dia expulsando del ejército regular á Boet.

Fiscal. Pido que el señor Presidente telegrafe al ministro de la Guerra de España, suplicando envíe este documento.

Campi. Nosotros pedimos que se inserte esta demanda del señor fiscal en el acta del mismo modo que la ha hecho.

Entra el señor Formenti, comisario de policia.

Presidente. ¿Intervino usted en los trabajos de la denuncia del Toison, cuando fué robado?

Testigo. Sí, señor. El señor Baer se me presentó diciendo que, en virtud de unas palabras muy graves que había pronunciado la baronesa de Samoggy, entendía que ésta poseía el Toison. El señor Baer me añadió que sería conveniente que se registrase el equipaje de la baronesa en Turin, para donde había ésta partido ya. Yo di el parte en seguida, pero no sé lo que se hizo.

Campi. ¿Cuándo le declaró á usted esto el señor Baer?

Testigo. Dos días despues de haberse denunciado el robo.

Campi. ¿Y le refirió á usted las palabras de la baronesa?

Testigo. Sí, señor.

Campi. Que se inscriban en el acta estas declaraciones.

Se lee el interrogatorio del consócio de Mr. Baer en el *Hotel de la Ville*, el cual despues de confirmar cuanto dijo ya su compañero sobre las relaciones de la baronesa con don Carlos, y la conversacion de los dos con las palabras misteriosas, añade que despues del robo la baronesa mostraba mucha impaciencia por salir de Milan, y que el día que partió, mientras esperaba el coche, se paseaba arriba y abajo por el pátio, con la mayor inquietud, y hasta con una especie de terror.

«Yo no creí nunca en este robo, añade el testigo, ya porque era imposible del modo que lo suponian cometido, ya porque la conversacion de la baronesa con don Carlos indicaba que había allí un misterio. Así es que me pareció que se trataba de otra cosa.»

Todo esto produce un buen efecto, por confirmar con nuevos detalles lo que han venido diciendo testigos de imparcialidad reconocida, y que todo Milan conoce como gente honrada. Se leen nuevas declaraciones ya favorables á Boet, ya á don Carlos, aunque sin importancia alguna, atendidas las explicaciones y testimonios dados, entre otras las de Costlogon, las de la Casa de policia Maggei, la banca Rotschild, doña Margarita; cuyos testigos no han sido llamados, ó habiéndolo sido, no han comparecido.

Por fin se llega al interrogatorio de la famosa corista de Pesth, la cual declara llamarse Paulina, tener 25 años, y no tener oficio ni renta. Todos los circunstantes escuchan con la mayor atencion. Ya saben nuestros lectores que no habiéndose presentado, se ha convenido y sido necesario servirse de las declaraciones que le tomaron en Paris.

«Yo viajaba casualmente por el Norte de Italia, dice, cuando por casualidad don Carlos viajaba por el mismo sitio, y tambien casualmente nos encontramos en los mismos hoteles de Venecia, Milan y Turin...»

Un chubasco de risa cae en este punto, y la alegría es tan general, que el relator interrumpe la lectura.

«Don Carlos, prosigue, me hablaba á veces, como tambien su comitiva; pero jamás ha habido entre aquel y yo nada de particular...»

Nueva explosion de hilaridad, y no son las señoras quienes rien meros.

«Un día en Milan oí un gran estruendo y no recuerdo quié me dijo que habían robado una joya á don Carlos, y que no se sabía quien fuese el ladrón. Despues en Turin don Carlos mismo y los de su comitiva me hablaron de dicho robo; y aquel se mostraba muy apesadumbrado de haber perdido aquel Toison, porque era una joya de familia. Pero debo protestar de la historia que hace el señor Boet, atribuyéndome á mí una parte en lo que él llama comedia del robo. Declaro y juro que jamás he tenido, ni visto el Toison; que jamás me ha hablado don Carlos de lo que asegura el señor Boet, y que yo no sé del Toison más que lo que digo.»

«Es muy posible que en el hotel de Milan yo haya dicho á don Carlos las palabras que me atribuye el ama de llaves del hotel; yo no lo afirmo, ni lo niego; pero si son ciertas, respondo de que no se referian, ni podian referirse á la joya, y que pertenecerán á otra cosa de la cual ahora no me acuerdo.»

Tal es en substancia la declaracion de esta pobre muchacha; y el parecer de la mayor parte del público es que es una de las declaraciones que fortifican más la posicion de Boet. Esta lectura ha dejado convencidísimo á un gran número de personas de que el robo se había fingido, haciéndose el simulacro del mismo modo que el Acusado lo cuenta, y hasta con los más insignificantes detalles de su relato.

XXXI.

Al empezar la sesion del 13, el fiscal pide al Presidente que sea llamado á Milan el marqués de Valdespina con todas las cartas que recibió de don Carlos cuando éste le escribía desde Atenas.

Campi se levanta, y disimulando la indignacion que esto le causa, exclama:

—Si el señor Presidente accede á esta demanda, nosotros nada tenemos que decir, porque tiene poder discrecional para ello. Pero haremos observar la gran maravilla que nos causan estas y otras peticio-

nes de última hora, en un proceso, cuya instruccion ha durado cerca de tres años, cuando la prueba de los debates se halla ya casi terminada. Nosotros añadiremos que estamos dispuestos á reconocer todo lo que el público ministerio quiera sobre estas cartas de Atenas.

Fiscal. Pido que se llame al marqués de Valdespina por lo que yo me sé.

Campi. Estos últimos días los abogados de la parte civil han intentado suspender los debates. Hoy el público ministerio pide nuevos testigos, cuando estamos á punto de terminar.

Presidente. Veremos. Diga la defensa, ¿qué pide en vista de no haberse presentado los testigos de descargo Duni y Tajani?

Ronchetti. En vista de la sistemática actitud del público ministerio de llamar testigos de fuera de Italia en estos momentos extremos, nosotros nos reservaremos el derecho de contestar oportunamente.

Fiscal. Pido que se lea el manifiesto de Boet á su partido y al país.

Ronchetti. Propongo que se dé por leído, y que cada parte use de él en los discursos.

Fiscal. No acepto.

Ronchetti. Ya nos lo figuramos.

Fiscal. ¡Exijo que se respete al público ministerio!

Ronchetti. ¡No he faltado!

Fiscal. ¡Se me ha insultado! ¡Aquí parece que se está indicando que yo quiero prolongar el proceso!

Ronchetti. ¡No soy yo quien ha dicho esto, sino el fiscal! ¡Qué conste!

Presidente. Basta. Léase ese documento.

En seguida el fiscal pide que se lea toda la correspondencia de Boet con el marqués de Valdespina, que don Carlos presentó al tribunal, y donde Boet hace del Pretendiente un exageradísimo elogio, pintando su viaje á la guerra de Oriente como una marcha triunfal.

Boet se levanta y pide la palabra.

—Debo manifestar á los señores jurados, dice, que don Carlos ha hecho traducir de estas cartas aquello que le ha convenido. Estas cartas son de propaganda; el marqués de Valdespina hacía imprimir muchas, y las enviaba á la frontera para sostener